

REVISTA DE SANIDAD MILITAR

AÑO III

MADRID 15 DE OCTUBRE DE 1889

NÚM. 56

LA SANIDAD MILITAR

EN

LA EXPOSICIÓN DE 1889

(Impresiones de viaje trazadas á vuela pluma.)

I

Ante la grandiosa manifestación del trabajo y de la inteligencia desplegada en aquella vasta superficie de setenta hectáreas, comprendida desde el palacio del Trocadero y Campo de Marte hasta la esplanada de los Inválidos, apenas puede uno darse cuenta de lo que hiera sus sentidos; y si á ello viene á unirse el afán, siempre experimentado en país extranjero, de conocer lo allí existente relacionado con las aficiones ó carrera de cada cual, y á todo esto en desharmonía el tiempo de que se puede disponer con lo que se intenta ejecutar, sucede entonces que, estrecho el cerebro para contener tan variadas como numerosas impresiones, sin interrupción, sucediéndose las unas á las otras, se amontonan y confunden las ideas, llegando á hacerse difícil su ordenamiento y análisis para exponerlas después con claridad en el sosiego del bufete, solamente ayudado por la facultad retentiva.

No me fué posible tomar más que breves apuntes, siempre de prisa, y trazados ó entre el bullicio y las apreturas de una multitud incesante, ó aguijoneado por lo premioso de un tiempo siempre escaso, resultando por ello casi ilegibles renglones que poco han de contribuir á desenmarañar la embrollada mádeja, y obligado yo á confiar solamente en mi memoria, enteca ya por lo vieja y por lo usada, si verter quiero al papel mis impresiones acerca de lo que he visto y he apreciado, interesante á nuestro cometido. Sirvan estas premisas como disculpa á la poquedad en los detalles y á lo manco del conjunto, distintivo carácter de este artículo.

Apelo, pues, á mi memoria, y lo primero que al llamamiento acude es aquel cotidiano cambio de impresiones con mi antiguo

amigo el Inspector D. Gregorio Andrés y Espala; así al recorrer los distintos grupos é instalaciones en la Exposición, especialmente los de la explanada de los Inválidos, como al visitar hospitales y cuarteles, escuelas y asilos. Imposible sería haberse borrado de mi mente aquellos acertados conceptos sobre cuanto era digno de estudio, que brotaban de los labios de mi amigo; aquellas dotes de rápida concepción y finísima crítica que le he envidiado siempre; amenas pláticas que saboreo aún como nota lejana y armoniosa aportada á la imaginación en alas de gratísimo recuerdo. ¡Cómo olvidar la pena que embargaba nuestro ánimo al considerar cuánto tiempo ha de transcurrir antes de que nos pongamos al nivel de las naciones cultas, respecto á la posesión de medios conducentes á disminuir los desastrosos efectos de la guerra; en levantar en edificios donde todo conspire á la perfecta asistencia y rápida curación de los enfermos bajo sus techos cobijados, para ver, en una palabra, satisfechas todas las necesidades que hoy nos impone la civilización por medio de la higiene, su hija predilecta! Al evocar estos recuerdos, se presenta también á mi memoria la simpática figura del médico segundo D. Manuel Andrés y Martínez, cuyas brillantes dotes tuve ocasión de apreciar durante muchas correrías por París, digno representante de esa generación que comienza, en la cual, los ya próximos á concluir, ciframos la esperanza de crecientes progresos y lustre de la corporación, blanco constante al que se han dirigido siempre todos nuestros esfuerzos.

Hacia este objetivo rápidamente ha marchado la Sanidad Militar francesa, desde que, en la ley de 16 de Marzo de 1882, se sentaron sólidamente las bases de su libertad de acción. El material sanitario, hoy enteramente á su cargo, cada día más perfeccionado; las mejoras introducidas en los hospitales y demás servicios; sus escuelas en Lyon y Val-de-Grâce; y finalmente, la prensa lanzando sin cesar á la publicidad así didácticos tratados, como escrupulosa y razonada estadística, constituye todo como clara y detallada cuenta que aquella corporación rinde de sus actos á su país y á su Gobierno; patente prueba de los beneficios que obtienen los ejércitos, de un servicio sanitario perfectamente organizado.

Allá, en la explanada de los Inválidos, circundando el magnífico palacio que encierra todo lo concerniente al ramo de Guerra,

se destaca la parte que á dicho servicio corresponde; instalación dirigida por el médico principal de primera clase M. Cambé, secretario del Comité técnico de Sanidad Militar. A derecha é izquierda del gran pórtico de entrada, sobre el terraplén enfrente del edificio, levántanse cuatro grandes tiendas hospitales sistemas Mignot-Mahon, Walker y Tollet. La primera tiene la forma de nuestras marquesinas, pudiendo contener hasta 16 camas, aun cuando solamente se veían montadas ocho: unas de hierro, susceptibles de desarme; otras, improvisadas, de madera en bruto, y finalmente, otras simples camillas, aisladas del suelo por medio de ramaje, paja ó filástica. La segunda, ó sea la de Walker, afectando igual forma, se distingue de la anterior por su mayor altura y por sus ventanillas con persianas movibles, contribuyendo todo á su amplia ventilación, hallándose además provista de una estufa tubular y un aparato de irrigación. Esta tienda, destinada para aislamiento ó graves traumatismos, debe contener solamente dos enfermos.

La mayor parte, sino todos los lectores de la REVISTA, conocen el sistema de construcción de M. Tollet, cuya base es la armazón de hierro; llenos sus vacíos con tenues ladrillos excavados, lo que da una forma ojival á pabellones de un solo piso que, en las construcciones permanentes, van á unirse por medio de galería á uno central. Este sistema que se adoptó para la edificación de los cuarteles de Cosne y D'Autun, y para la del hospital militar de Bourges, se ve aplicado en las dos grandes tiendas que figuran en la instalación que me ocupa, con la natural variante de que el revestimiento del esqueleto de hierro la constituye una doble cubierta de tela, formando como un colchón de aire, con el objeto de proteger el recinto contra los efectos de la temperatura exterior y dispuesto de modo que pueda dársele el espesor que se desee.

La mayor de estas tiendas, modelo de un hospital provisional de campaña, mide 25 metros de longitud por 6 de anchura, y puede contener 18 enfermos; siendo la forma curvilínea que afecta, defensa contra el mantenimiento en sus paredes de gérmenes morbosos micro-orgánicos. Requiere cerca de tres horas para ser montada ó desmontada; no excediendo el peso de cada una de las piezas que la componen de 40 kilogramos y el total, sin el suelo, de 1050.

La otra tienda Tollet, que allí figura, forma parte del material

de ambulancia de una división. No tiene doble cubierta; mide 6 metros de largo por 4 de ancho; de forma igual á la anterior, y los individuos de las compañías de enfermeros, adiestrados en su manejo, la montan y desarman en pocos minutos; pudiendo ser conducida á lomo por no pesar en su totalidad, el conjunto de sus piezas, más que 113 kilogramos. El uso principal, á que está destinada, es para servir como sala de operaciones en el campo de batalla, hallándose provista de un sencillo aparato de irrigación, con el que puede obtenerse el grado de presión apetecida, y de todo cuanto es susceptible de producir la asepsis.

Contienen además, estas cuatro tiendas, diversos ejemplares del material reglamentario de hospitales; instrumentos, muchos de ellos de níquel de los más perfeccionados modelos; aparatos de fractura etc., todo perfectamente clasificado y numerado; habiéndose nos dicho existir almacenado instrumental y material de curación considerable, presentado lo expuesto como simple muestra. También se hallan á la vista modelos de documentación, así del servicio ordinario como del de campaña.

No puede menos de presentarse á la imaginación, al recordar las tiendas de ambulancia, la magnífica barraca que ha exhibido la Sociedad de la Cruz Roja; verdadero hospital de campaña formado por piezas de madera, fáciles de montar y desmontar, y donde nada falta: desde un cuarto para aislamiento, hasta baños, cocina, etc. Perfectamente ventilada y caldeada, contiene también su aparato de irrigación, y en todos sus detalles se ve presidir la idea de alcanzar la asepsia más cumplida.

El material de arrastre, se encuentra colocado debajo de un gran cobertizo, á espaldas del edificio. Ninguna novedad ofrecen, ni los carruajes sanitarios de regimiento, ni los de ambulancia divisionaria, ni los furgones de cirugía y repuesto de farmacia. El material para evacuación de los hospitales de campaña, consiste en un carruaje para el personal, y un carro cubierto montado sobre muelles de compensación, sistema del doctor Desprez.

Distingúense, por lo leves, los carruajes á dos ruedas para el transporte de heridos que, con otros más pesados de á cuatro, constituyen el material rodadero para su conducción.

El de á lomo se halla representado por dos mulos figurados, de bulto, tamaño natural, que, sobre bastes llevan: el uno, artolas, y el otro dos ligeras camillas cubiertas.

Para el transporte por medio de camillas, hay un sencillo mecanismo, sumamente manejable, que consiste en una ballesta montada sobre ruedas de gran diámetro y poco peso, que sostiene dos camillas, una en cada lado, movido el aparato por el empuje de un hombre, al igual de los sillones que, en gran número, recorren todo el recinto de la Exposición, conduciendo ancianos, valetudinares, ó perezosos.

La utilización de las vías férreas, para el más rápido y cómodo transporte de enfermos y heridos en campaña, ha sido objeto de constante estudio en todas las grandes naciones de Europa; y el Gobierno francés no podía dejar de exhibir el resultado de lo que viene practicando desde hace algunos años. Limitada, al principio, la idea al aprovechamiento de los vagones ordinarios, se quiere ir hoy más lejos, disponiéndose en el Reglamento de 1.º de Octubre de 1884, la creación en Francia de trenes sanitarios permanentes, verdaderos hospitales movibles que, según el art. 159, deben componerse de carruajes especialmente construidos y habilitados al objeto, organizados en paz y distribuidos entre los distintos cuerpos del ejército, según propuesta del Inspector general médico de Sanidad Militar. Un tren completo debe constar de 23 vagones, cuya colocación y destino son los siguientes:

1 vagón de provisiones á la cabeza del tren.

22 vagones, comunicándose entre sí por medio de plataformas con barandilla en ambos costados, destinados:

16 *para heridos*.—En cada ángulo dos camillas, con su colchón, elevadas por medio de sus pies articulados, sobre el suelo en que descansan, cubierto el espacio que cada una ocupa con un trozo de tupida seda de moqueta, al objeto de amortiguar la trepidación, resultando 8 lechos por carruaje, ó sean 128 en todo el tren.

1 *para el personal médico*.—Tres camas de hierro con pabellón, lavabo, perchas, mesa escritorio y excusado.

1 *para los individuos de la sección sanitaria*.—Camas colocadas en la misma disposición que las de los compartimientos para heridos, una mesa con taquilla, perchas, etc.

1 *para material quirúrgico, farmacia y ropas*.—Armarios implantados en las paredes del coche, en forma de cajones sobrepuestos, donde todos los objetos y frascos se hallan debidamente separados, con su numeración y clasificación á la vista en la tapa

externa giratoria sobre su borde inferior, de modo que pueda utilizarse como mesa para la preparación de medicamentos y demás necesidades del servicio.

1 para la cocina económica con su horno.—El utensilio, de hierro y zinc, en estante, y cuatro depósitos de agua en los ángulos.

I con mesas para la distribución de alimentos, cuyas mesas, cuando no se utilizan como tales, se doblan sobre la pared, quedando verticales. Cajas donde se conservan los víveres para uso del día; filtro de carbón para el agua, y el vino en barriles y embotellado.

El último vagón, que no comunica directamente con los demás, está destinado al combustible y á la ropa sucia; esta última en cestones revestidos interiormente de zinc.

Todos estos carruajes están montados sobre resortes de los más flexibles. Su ventilación se obtiene por una claraboya central, postigos en cada una de las puertas de comunicación, y ventanas con cristales y persianas en las paredes corredizas laterales. Una estufa en cada vehículo, eleva la temperatura al grado que se desea, sirviendo al propio tiempo para mantener el calor de los medicamentos y alimentos líquidos que no deben administrarse fríos. El suelo, calafateado con aceite de lino, está provisto de aberturas con su tapa que, al ser levantada, facilita el aseo del compartimiento y el arrojar á la vía los productos excrementicios.

El ministerio de la Guerra ha expuesto como muestra sólo cuatro vagones de los del tren sanitario permanente núm. 1.º Oeste, que son: uno para heridos, otro para el material, y el de la cocina y su anejo.

En cambio, la Sociedad francesa de la Cruz Roja ha llevado á la Exposición un tren completo construido por M. Ch. Bonnefond, en unión del barón Mundy, M. León y M. Ellisen. En este tren, los tres vagones destinados á la conducción de heridos contienen cada uno 15 camas, pudiendo colocarse hasta 18 en seis secciones de á tres, sobrepuestas las unas á las otras. En cada carruaje hay una estufa y excusado. Los vagones destinados á los demás servicios, están dispuestos de una manera análoga á la de los de la compañía del O., más arriba descritos.

M. Decanville ha presentado también un vagón en el que las camas ó camillas se hallan sustituidas por simples angarillas con fondo de tela colocadas en doble fila en el sentido de la longitud

del coche, sobrepuestas las unas á las otras, y separadas por techos y cortinas laterales de lienzo.

¿Podrán nunca los esfuerzos que se hacen para tener trenes sanitarios permanentes alcanzar el objetivo apetecido, la posesión en grandes guerras de material suficiente para un transporte constante y sostenido de numerosos heridos y enfermos desde el campo de operaciones á los hospitales fijos á retaguardia? ¡Bella utopia que ha de fallar apenas puesta en práctica! Dado el considerable número de heridos que hoy con el armamento moderno se producen á las pocas horas de sangrienta colisión, ¡cuántos trenes no se necesitarían para su holgada conducción á los hospitales permanentes! Aun admitiendo que cada vagón pudiera transportar cómodamente y bien asistidos 18 enfermos, ¿cuántos no serían precisos después de batallas como las de Magenta, Solferino y Reischofen, y hasta como en las nuestras de San Pedro Abanto, Monte Esquinza y Monte Muro?

La construcción de un material de esta especie absorbe, además, considerables sumas, y su conservación y custodia, durante largo periodo de paz, requieren asiduo cuidado y construcciones adecuadas; todo lo que supone otro gasto de cuantía.

La solución del problema de rápida y cómoda evacuación por las vías férreas, debe continuarse buscando en la forma más sencilla de convertir, en un momento dado, los vagones ordinarios que poseen las Compañías de ferrocarriles, en vehículos apropiados para el nuevo uso á que temporariamente se les destina; sin que que por esto se niegue que la posesión de suficiente número de trenes hospitales, sería alcanzar la perfección.

Advierto, que este escrito ha tomado extensas dimensiones, por carecer yo de esa facultad, condensadora de las ideas, que se manifiesta expresando lo mucho con lo poco; y como quiera que solo lo bueno y lo agradable puede administrarse á grandes dosis, creo oportuno proporcionar aquí un descanso á mis lectores para darles cuenta, en artículos sucesivos, de todo cuanto pueda, respecto á lo que la Exposición ofrece, trenes improvisados, y demás materias que me sea dable entresacar de la confusa aglomeración de mis recuerdos.

FEDERICO ILLAS,

Inspector Médico.

Valencia 29 de Septiembre de 1889.

PATONOMÍA DE LAS AFECCIONES CONVULSIVAS

POR EL DOCTOR

DON PABLO SALINAS Y AZNARES

Médico 1.º del Cuerpo de Sanidad Militar (1).

IV

Formas de la contracción muscular.

La energía de la contracción muscular hállase en razón directa de la energía del estímulo, mientras que su forma está subordinada al número de excitaciones ó impulsos que obran sobre el músculo, lleguen éstos por el intermedio de los nervios motores, lleguen, por el contrario, directa é independientemente del sistema nervioso.

Si un estímulo momentáneo como una corriente farádica es transmitido al músculo por el intermedio del nervio motor, sabemos que después de un tiempo variable se determina un acortamiento del músculo con aumento del diámetro transversal, y seguidamente una relajación de la fibra por virtud de la que recobra su anterior estado. Toda esta fase se descompone: primero, en un tiempo más ó menos prolongado en relación con la longitud del nervio, que es el que tarda en transmitirse el impulso á la masa contráctil; en un segundo, en que se determinan cambios moleculares de esta masa no acompañados de cambios de forma y que preparan la explosión, tiempo que, unido con el anterior, constituye el período latente; en un tercero, que se produce el acortamiento; y, por último, en un cuarto, en que la fibra vuelve de nuevo á su longitud normal; estas modificaciones de las substancias contráctiles que suceden á la acción de un impulso único se reflejan al exterior, por la disminución de la fibra en el sentido longitudinal, aumento en el transversal y un desarrollo de fuerza y de energía mecánica que se traduce por una simple sacudida, fenómeno que se designa en la ciencia con el nombre de espasmo simple.

En el caso de que una excitación ó impulso vaya seguido de una segunda de la misma intensidad, en un tiempo suficientemen-

(1) Véase los números 49, 50 y 53.

te corto, para que la sacudida generada por la primera pueda terminar su evolución, se determinará una segunda sacudida ó espasmo; mas como el intervalo entre los dos impulsos no es suficiente para que la curva que representa el primer espasmo recorra todo su camino, acontecerá que la segunda curva que representa el segundo espasmo, en vez de comenzar en la base de la primera, empezará en su vértice, puesto que el segundo estímulo ha obrado ya sobre el músculo ya acortado, provocando de nuevo otro acortamiento cual si no hubiera existido excitación precedente y el músculo estuviera en reposo. Si un tercer estímulo sigue á un segundo, se acumulará una tercera curva en el vértice de la segunda; lo propio se verificará después de un cuarto impulso, y así sucesivamente; de tal modo, que las sacudidas se reunen y se funden, y la curva se eleva ó doble, triple, cuádruple ó más altura de la que hubiera alcanzado con sólo una sola sacudida, correspondiente á una única excitación.

El número de estímulos ó excitaciones necesarias para determinar el estado tetánico, varía con la longitud de las sacudidas que entran en su composición, así vemos, que para los músculos de la tortuga, que se contraen y relajan muy lentamente, el tétanos puede resultar de tres excitaciones por segundo, mientras que los músculos rojos del conejo necesitan diez estímulos, los pálidos veinte (Kronecker) y los pectorales del pájaro sólo entran en contracción tetánica, con setenta estímulos por segundo. Algunos sabios han supuesto que, en el caso que aumentasen muy rápidamente los estímulos (250 descargas por segundo de una corriente farádica), cedia el tetanismo persistiendo indemne la fase de reposo, como después de una sola excitación; más Kronecker y Stirling han demostrado en contra de este aserto, que se puede obtener una contracción tetánica, completa, con una corriente farádica que no cuente menos de 2.200 interrupciones por segundo, deduciéndose de esta experiencia, que el límite de interrupciones de una corriente farádica capaz de producir el tétanos, está más ó menos próximo á aquél en el que las variaciones de la corriente no pueden ser apreciadas por nuestros aparatos físicos; es decir, que sólo puede afirmarse como cierto, que por encima y por debajo de cierto grado los estímulos dejan de provocar reacciones, y por lo tanto, fenómenos de contractilidad.

Hemos de tener en cuenta, sin embargo, que el número de ex-

citaciones no guarda relación con el número de sacudidas necesarias para provocar el estado de tétanos; Helmholtz ha probado que cuando una corriente frádica genera una sacudida muscular, y va seguida con un intervalo de 1,60 de segundo de otra corriente de igual fuerza, no aparece en este caso contracción alguna durante el 1,60 de segundo siguiente, en atención á que el músculo carece de irritabilidad, es decir, se encuentra en una fase refractaria semejante á la que se observa en el corazón; por manera que el número de espasmos es menor que el número de impulsos transmitidos del nervio al músculo; así se observa que aun cuando estos aumenten rápidamente, el músculo solo se contrae, al menos en el estado normal, veinte veces por segundo, que es el número necesario para constituir la contracción tetánica, y esto nos revela que la cifra de los espasmos que determinan tal modificación de la substancia contráctil, no está subordinada á la de los impulsos partidos de los centros nerviosos á los músculos, sino que dependen más bien de las excitaciones á que están sometidas las terminaciones nerviosas en el espesor de los mismos, ó de las que experimentan los elementos musculares en sí mismos.

Este modo de conducirse el músculo bajo la acción de estímulos muy repetidos, esta reunión de cierto número de espasmos simples en un esfuerzo continuo, es lo que se conoce con el nombre de tétanos propiamente dicho, y constituye la verdadera contracción en el estado fisiológico.

Si la contracción se sostiene indefinidamente por un tiempo más ó menos largo, recibe entonces el nombre de contractura. La contractura no es otra cosa que una contracción tónica, que alcanza su máximum de intensidad y se mantiene en el mismo estado ilimitadamente. Difiere de la retracción por cirosis muscular, desgarraduras ó traumatismos, en que en estos el acortamiento es definitivo, sin que la fibra sea susceptible de volver á su estado normal, en tanto que el músculo contracturado, al cesar las causas que le dan origen, es susceptible de volver á su primer estado, y por lo tanto, recobrar su longitud normal.

Resulta la contractura de una serie de espasmos simples ó de sacudidas que se suman entre sí hasta constituir el estado de contracción permanente que ha recibido de Onimus el nombre de tonus muscular, ó resulta, por el contrario, como quiere Brunton, de un estímulo demasiado intenso que da origen á una contracción

prolongada, cuya relajación y descenso se opera con más ó menos lentitud. Difícil es inclinarse hoy en cualquiera de estos dos sentidos; pero tengamos en cuenta que la contractura, como dice Charcot, es un fenómeno comparable á la contracción normal, solamente que es durable y permanente. Noche y día, dice este sabio, durante meses y años, los músculos se encuentran rígidos, y en ocasiones en actitud tal, que el esfuerzo de la voluntad en estado fisiológico apenas si podría sostener tal situación durante algunos minutos (1). Este fenómeno, sin embargo, se manifiesta también en la vida normal, los esfínteres especialmente, y los músculos lisos en menor grado revisten durante el reposo los caracteres de la contracción permanente, que ha recibido de Onimus el nombre de tonus muscular; obsérvase igualmente este fenómeno, sin que influyan para nada los nervios motores; Engelman ha puesto de manifiesto que el uréter del conejo, desprovisto de nervios, se contrae con regularidad en los primeros momentos que se saca fuera del abdomen, y esto sin el auxilio de ninguna distensión ni de otra alguna excitación mecánica; y únicamente al agotarse las fuerzas del animal y extinguirse la irritabilidad fisiológica del uréter, bajo el influjo del menor estímulo, se despiertan contracciones rítmicas.

Como ya hemos dicho, para Brunton la contractura se determina merced á un estímulo más ó menos enérgico, que da lugar á una sacudida cuya terminación se verifica en dos tiempos; en el primero la caída se verifica con cierta rapidez, y en el segundo tiende á retardarse, hasta el punto que prolonga considerablemente la longitud del espasmo; y como prueba de las diferencias que separan este fenómeno del tétanos, áduce que diversamente á lo que pasa con un músculo contraído tetánicamente, no se manifiestan tetanos secundarios en el músculo de una rana si sobre éste se coloca el nervio del músculo contracturado; pero aun con estos caracteres diferenciales que aparentemente separan la contracción fisiológica de la contractura, ¿cómo concebir que una excitación, por grande que se quiera, origine un acortamiento de la fibra muscular, susceptible de prolongarse semanas, meses, años y aun casi toda la vida? ¿Cómo comprender que acortado el músculo por un simple espasmo, el período de relajación pueda continuar por

(1) *Oeuvres complètes*, t. iv, pág. 320.

modo tan indefinido en contradicción manifiesta con todas las leyes de la Fisiología muscular?

Es necesario, para penetrar el mecanismo de la contractura, estudiar el determinismo de la contracción en el estado fisiológico, único camino que nos puede conducir á verificar el conocimiento del determinismo en el estado patológico. Así vemos primeramente, que la contractura, á semejanza de la contracción, es un fenómeno activo y no una simple modificación de la masa contractil que impida su relajación; pruébalo el que Tick y Boehm han descubierto que en el estado de contractura el músculo interesado desenvuelve más calor que durante una contracción ordinaria; por otra parte, Bernard, en consonancia con lo visto por estos autores, ha demostrado que durante la contracción tónica de los músculos se modifica la composición química de la sangre que riega los mismos. Si la cifra de oxígeno contenida en la sangre arterial que penetra un músculo contracturado se halla representada por 7,31 por 100, la de la sangre venosa á la salida del mismo no está representada más que por 4,28 por 100; contrariamente, si se hace desaparecer la tonicidad muscular, cortando su nervio motor, en este caso la cantidad de oxígeno de la sangre venosa es casi igual á la de la sangre arterial.

De otro lado, hay un hecho que pone de relieve, por evidente modo, la naturaleza de los fenómenos que se verifican en la contractura. Sabido es que la auscultación de un músculo contraído por influencia de la voluntad ó por acción refleja, determina un ruido conocido con el nombre de ruido muscular.

Ahora bien; obsérvase que en tanto en el músculo contraído normalmente, el carácter de aquél es redoblado, regular, sonoro (ruido rotatorio), constante (Charcot) y señala 195 vibraciones por segundo; en el músculo que se halla en estado de contractura, se percibe un ruido sordo, irregular, por sacudidas y con interrupciones más ó menos frecuentes; su nota característica, á diferencia del primero, es la intermitencia, la irregularidad y las interrupciones más ó menos especiales. Esta manera de manifestarse los ruidos muestra que el músculo entra en contractura por una serie sucesiva de sacudidas ó espasmos simples. Si el ruido rotatorio de la contracción normal revela que en la masa contráctil, en apariencia rígida y sólida, se determinan una serie de vibraciones ó de espasmos simples; si en un músculo tetanizado por la aplica-

ción de corrientes farádicas al nervio ó al músculo, el número de ruidos es igual al del interruptor que determina el número de las corrientes, lo que es natural, puesto que aquéllos son producidos por los espasmos y éstos se hallan subordinados al número de veces que actúa la corriente, el ruido sordo, intermitente é irregular de la contractura, demostrará igualmente que tal estado es ocasionado por la repetición más ó menos irregular de una serie de espasmos simples, repetidos con más ó menos frecuencia, dentro de un tiempo dado, serie de espasmos que determinan el tonus muscular que caracteriza la contractura.

Hállase, pues, probado con evidencia cierta que el fenómeno que estudiamos no es función de un solo espasmo, por prolongado que se quiera imaginar, que es, por el contrario, función de una serie de espasmos ó sacudidas que se suceden con mayor ó menor regularidad, como acontece en la contracción fisiológica; y explíquese como quiere Onimus, suponiendo que se trata de contracciones que alcanzan sucesiva y no simultáneamente los diversos fascículos de los músculos, de tal suerte, que los unos se hallan en reposo, mientras que los otros entran en actividad, ó bien, lo que nos parece más de acuerdo con la manera de producirse este estado, imaginando que la fase de contracción y relajación tarda un tiempo mucho mayor en realizarse, y, por lo tanto, un número reducido de impulsos es suficiente para que surja la contractura, como acontece con los músculos de tortuga; el hecho es que su mecanismo es similar al mecanismo fisiológico; el hecho es que aquí como por todo la desviación de la norma típica se determina por las mismas leyes que rigen al estado normal, y el hecho es, en fin, que se comprueba una vez más el axioma de Huques Bennett, cuando afirma que las mismas leyes que presiden al crecimiento y á las otras funciones vitales en el estado de salud, continúan obrando cuando se encuentran pervertidas hasta el punto de constituir una enfermedad (1).

Según esto, vemos que en un acortamiento con relajación consecutiva, caracteriza la forma elemental de la función del sistema muscular. Si ésta se traduce por una sola sacudida, constituye el espasmo; si el número de éstos se repite lo suficiente para que los espasmos se confundan entre sí, aparece la segunda forma, que

(1) *Principes de la pratique de la Medicine*, pág. 21.

determina la contracción tetánica, y si ésta se prolonga de un modo indefinido ó reviste el carácter de permanencia, surge la tercera, que es la contractura. A tres formas, pues, puede referirse la función de toda fibra muscular: espasmo, contracción y contractura, y cualquiera que sean las condiciones en que se realice su actividad, no se determinarán más que estas formas, que son las que se deducen de las propiedades fundamentales de las sustancias contráctiles.

CONTRIBUCIÓN

À LA

CASUÍSTICA DE LA PLACENTA PREVIA (1)

I

En las primeras horas de la mañana del 20 de Septiembre de 1881, en una ciudad de Cuba, recibimos aviso urgente del Comandante de armas de un poblado distante cuatro leguas, rogándonos que, sin reparar en obstáculos, acudiéramos inmediatamente con objeto de asistir á su esposa *que se iba en sangre*; á cuyo efecto enviaba buena cabalgadura y orden de adquirir los medios que fueran necesarios. Hubimos de enterarnos por el portador, hermano de la paciente, de que ésta estaba ya *fuera de cuenta*, y en los meses anteriores había tenido hemorragias; que á las siete de la tarde del día anterior había empezado á sentir dolores, que se habían suspendido pronto; que la mucha sangre que perdía la tenía sumamente debilitada, y que, como recordaban que su madre *había fallecido de lo mismo*, estaban muy alarmados.

Providos del instrumental necesario—un enmohecido forceps, cartera de curación y geringuilla de Pravaz, todo en estado de merecer... sustitución,—y una solución saturada de ergotina, llegamos á las seis de la mañana á la cabecera de la enferma. Era una joven bien constituida y *primípara*. Presentaba facies pálida, decúbito supino, pulso frecuente y filiforme é hipotermia.

La sangre fluía gota á gota del conducto vaginal. Suspendida la hemorragia á beneficio de inyecciones de agua caliente, y reanimadas un tanto las fuerzas con una poción de café y ron, procedimos al reconocimiento, encontrando el cuello del útero muy dilatado y blando. Las tres cuartas partes derechas de la circunferencia estaban ocupa-

(1) Para cuanto se refiere á placenta previa, puede consultarse, con fruto, la magnífica monografía, escrita como tesis del Doctorado, por el Médico primero mayor personal, señor Rivas Pujol, que tan honrosa calificación mereció del claustro de la Habana.

das por la placenta que formaba un tumor saliente y desprendido en la mitad izquierda del orificio. No estaba muy distendida y se distinguía fácilmente por su blancura especial y por los cordones fibrosos de sus cotiledones, de las ásperas membranas, rotas por dentro y del borde uterino, por su sensación de lisura bien definida, hacia fuera. La *presentación* era de vértice y la *posición* occipito-anterior derecha.

La inercia de la matriz que existía desde cinco ó seis horas antes nos hacían sospechar la probable muerte del feto; pero como el desprendimiento placentario no era muy extenso, creímos posible que el cordón hubiera acarreado todavía la cantidad de sangre necesaria. El conducto, por otra parte, era infranqueable sin la separación del obstáculo.

Decididos á terminar el parto, inyectamos en el tejido celular del muslo derecho 60 centigramos de ergotina, en dos veces, con objeto de provocar las contracciones, sin gran resultado. Otros 60 centigramos inyectados en el muslo izquierdo activaron algo la dilatación del cuello. Entonces, teniendo preparada suficiente cantidad de agua caliente, introdujimos los dedos índice y medio de la mano derecha y fuimos separando, con cierta prudencia, las inserciones placentarias por arriba y por abajo, de izquierda á derecha. La pérdida de sangre era insignificante, ya por las inyecciones vaginales, ya porque la cabeza del feto, que había adelantado bastante, comprimía con fuerza los vasos útero-placentarios. Pero las contracciones se debilitaron de pronto; y á pesar de dos nuevas inyecciones de ergotina, no volvieron á recobrar fuerza. Juzgamos llegado el momento de apelar al forceps, teniendo la fortuna—que no siempre se tiene—de practicar la extracción en pocos minutos; mas á pesar de que las valvas del instrumento fueron aplicadas exclusivamente á la cabeza, detrás del feto aparecieron las secundinas seguidas de mediana hemorragia, que era imprescindible cohibir con rapidez, si habíamos de conservar la vida de la madre. El agua caliente, dos inyecciones más de ergotina y la compresión practicada con la mano, llenaron cumplidamente el objeto.

El feto estaba muerto, pálido, exangüe al parecer. Por poco profusa que sea la hemorragia, en estos casos inevitable, siempre es peligrosa, habida en cuenta la gran cantidad de sangre perdida antes de la operación: lo cual hace al Médico titubear fundadamente ante la triste posibilidad de que la operada deje de *existir con el forceps aplicado*, ó poco menos (1).

(1) Esta consideración nos hizo permanecer *once horas* á la cabecera de una enferma que presentaba *placenta previa*, después de las cuales operamos, obligados por las reiteradas instancias de su distinguida familia. Es un caso notabilísimo, que no es nuestro ánimo detallar ahora.

En nuestra enferma existía una debilidad tal, que los movimientos más ligeros daban lugar á lipotimias; le era sumamente fatigoso pronunciar pocas palabras; el pulso se conservaba filiforme, imperceptible á veces; los labios blanquecinos; sin expresión los ojos y la piel fría y sudorosa. En esta situación y en otras parecidas hubiéramos apelado seguramente á cuantos medios sugiere el arte. La misma transfusión de la sangre, ya desechada por muchos tocólogos, y, sobre todo, el método de inyecciones lacteas intravenosas, tan recomendado por Gaillard, nos hubieran prestado, si no los éxitos que á sus encomiadores, la satisfacción de haber empleado, ó mejor dicho, agotado los recursos teóricos; pero, desgraciadamente, hemos carecido de medios para la realización práctica.

Las cucharadas de Jerez seco repetidas cada cuarto de hora, y más que todo la aplicación gradual de cuatro espirales á las extremidades, devolvieron alguna energía al corazón y dieron tiempo al uso de pequeñas porciones de leche adicionadas con ron. A las doce del día, colocada la pelvis de la enferma á la altura de la cabeza y separado ya un espiral del brazo, cuya presión era molesta, nos despedimos, recomendando que se aflojase primero y se quitara luego otro vendaje cada hora, teniendo cuidado de practicar dos ó tres inyecciones vaginales con agua bien caliente cada dos horas; que no se obligase á hablar ni á moverse á la enferma, ni se produjera ruido á su alrededor, y que se prohibieran en absoluto las visitas de amigos y comadres officiosas.

Volvimos al día siguiente. La noche se había pasado bien, durmiendo algunos ratos. Insistimos en las prescripciones anteriores, añadiendo una cucharada de jugo de carne fresca por la mañana y otra por la tarde, y suspendimos las inyecciones vaginales, por no haberse presentado hemorragia secundaria; pero con la reserva de volver á ellas si se presentaba.

Al tercer día se presentó la fiebre, bastante moderada—39,1—que desapareció luego de establecido el flujo loquial, lo cual procuramos como indicación que es preciso satisfacer á toda costa. Hemos usado en este y en otros casos la infusión teiforme de *culantrillo*—una taza cada tres horas. No tenemos más que motivos para felicitarnos del empleo de este remedio de partera antigua.

Con modificaciones en la posición y alimentación de la enferma, y sin otra complicación digna de consignarse, dimos el alta ocho días después; entendiéndose que la reposición de las fuerzas tardó en verificarse largo tiempo, pues en Diciembre todavía conservaba la piel la palidez mate que caracteriza la anemia.

II

Conservábamos la nota anterior sólo por la circunstancia especial de afirmar la paciente y su familia que su madre había fallecido del mismo accidente. Por lo demás, se trataba de un caso ordinario de *placenta previa*, más ó menos grave, de valor puramente estadístico. Pero en Junio de 1886 fuimos llamados á casa de un distinguido jefe, cuya esposa, múltipora, entrada en quinto mes de embarazo, sufría una metrorragia persistente hacia dos horas. Era una joven robusta. Los tres embarazos y partos anteriores habían sido felices; pero ahora, según manifestación suya, estaba asustada, porque *estas cosas eran de familia*, recordándonos el caso de su madre y el de su hermana, que era el anteriormente escrito, cuya circunstancia ignorábamos, y nos puso en guardia para lo sucesivo.

El reconocimiento vaginal dió á conocer algún reblandecimiento del *hocico de tenca*, más notable en el labio anterior, y dilatación del conducto cervical, sin que pudiera llegarse con el dedo al orificio interno. La sangre fluía gota á gota, sin contracciones ni dolor alguno.

Dispusimos un enema laxante, reposo, decúbito dorsal con las caderas algo elevadas respecto al tronco, una fuerte poción calmante para tomar cucharadas de media en media hora, y dieta ligera.

Por la tarde se encontraba bien; había cesado la hemorragia por completo. Dos días más de permanencia en cama, alimentación gradual, y la enferma pudo dedicarse á sus quehaceres.

Quince días después volvió á presentarse el flujo, aunque no en tanta cantidad como la anterior. Posteriormente, el baile ó cualquier ejercicio algo forzado provocaba pérdidas de sangre, más ó menos copiosas, tanto, que más de una vez estuvimos para acceder á los repetidos ruegos de la enferma, que reclamaba la provocación del aborto. Detúvonos, sin embargo, el hecho de que en todo este tiempo los movimientos del feto eran bastante sensibles, y la seguridad de que el auxilio del arte era fácil en cualquier época.

En la primera semana del séptimo mes, naturalmente, ó provocados quizá, se presentaron fenómenos expulsivos acompañados de la consiguiente hemorragia. En el reconocimiento encontramos el cuello bastante dilatado. Las membranas formaban eminencia aplanada en las tres cuartas partes derechas, y á través de ellas se distinguía la cabeza del feto apoyada en la sínfisis pubiana. La cuarta parte izquierda del orificio estaba ocupada por la placenta, un tanto despegada por arriba, y cuya procedencia vaginal traspasaba el nivel de las membranas. Como la inserción era marginal y la cabeza la com-

primia durante las contracciones, no había sido temible hasta entonces el flujo sanguíneo.

Administramos una poción compuesta de 2 gramos de ergotina disuelta en 200 de agua de azahar á cucharadas, é incindimos las membranas con el dedo, dando salida á regular cantidad de líquido amniótico. El parto se verificó con rapidez. Las secundinas no acompañaron al feto, pero las desgarraduras de la placenta daban verdaderas oleadas de sangre, decidiéndonos á disecar con los dedos —envueltos por las membranas— los cotiledones adheridos y á practicar la compresión con la mano izquierda cerrada, sirviendo de apoyo la derecha colocada por encima del arco crural. Luego que la viscera había disminuido en gran parte de volumen, sustituímos la compresión por inyecciones *intrauterinas* de agua caliente.

El feto, vivo, pero naturalmente falto de desarrollo, fué bautizado en el acto, falleciendo á las ocho horas.

Durante el puerperio no se presentaron hemorragias, fiebre, ni otro accidente notable.

III

Los dos casos anteriores, prologados por el insuceso de la madre, tienen el siguiente triste epilogo.

Con la últimamente citada vivía hacía tiempo la hermana menor, linda joven de diecisiete años. En 1887 contrajo matrimonio con un oficial del Ejército. Tenía, como las anteriores, justificado temor á los partos. Efectivamente, antes de terminar el año, murió en Valencia, durante el parto ó poco después, á consecuencia de una gran metro-
rragia, según las noticias que hemos podido adquirir.

F. FIDALGO.

DESDE ITALIA

Milán 28 de Septiembre de 1889.

Amigo Aycart:

Cuatro plumadas no más, para dar á V. cuenta de mi persona y enviar mis recuerdos y respetos á mis buenos amigos del Cuerpo, porque justo es que quien tanto les debe en consideración y cariño, les demuestre que es digno de seguir mereciéndola.

Tengo para enviar á V. muchos retazos incompletos acerca de asuntos diversos tomados al paso en aquella grandiosa Exposición de París, que abandoné el día 24, más cansado de cuerpo que satisfecho

de espíritu al ver tanto y tando digno de retenerse y contarse; pero, amigo mío, el tiempo me ha salido un poco corto para ocuparme de ordenar apuntes y transmitirselos, y á la vez vivir y moverme en aquel centro de vida y actividad prodigiosa; así que V. me perdonará la manera desordenada con que le escribo y la inconexión de los asuntos, y lo arreglará de la mejor que le sea posible, si han de honrarse en las acreditadas columnas de su quincenal periódico.

Por el Mont-Cenis me trasportó el ferrocarril á Módena y Turín; en esta última deliciosa población piemontesa, asentada en un hermoso llano á orillas del Po, he gozado mucho admirando deliciosos paisajes y saboreando obras de arte que por doquiera salen al paso de viajero, en ornamentación, estatuaria y pintura, por calles, plazas y paseos públicos, y esto es en Italia, como V. sabe, común y frecuente; pero aunque mi propósito sea ocuparme de lo que más me llame la atención sin cuidarme de si se relaciona ó no con nuestra carrera, hoy le diré á usted algo de asuntos médicos, sin perjuicio de mezclarlos con profanos, puesto que así los tengo y acumulo en mi libro de memorias.

A la natural belleza que presenta Turín en su delicioso llano cuajado de verdura que sólo interrumpe la cinta de plata que por entre bosques, jardines y prados dibuja el Po, se une la regularidad del plano, bajo el cual se extienden sus calles, que formando ángulos rectos se cortan para reunirse en muchas y muy hermosas plazas, ó terminar en bien cuidados jardines; esto, unido á la proximidad de los Alpes, dice desde luego al médico, que esta población piemontesa es sana, fértil y cuanto es aceptable para vivir cómoda y satisfactoriamente.

Informado de los habitantes, por todos lados he oído alabar las condiciones de salubridad y bienestar; por doquiera se vaya y sea cualquiera la casa en que se entre, percíbese un olor de salud que es el resultado de circular por todas partes el aire puro y entrar la luz solar, circunstancias indispensables para vivir bien, y que forman el derecho inconcuso que tiene todo ciudadano de reclamar á sus municipios le mantenga en él; y no sigo más por este camino, que me llevaría á reflexiones que no quiero traer aquí.

Entre lo mucho que vi y admiré aquí en este alpino lugar, fué lo primero una iglesia colocada en una empinada colina, al Este; tomé datos, y averigué que se podía subir hasta ella por un tranvía de vapor y un ferrocarril funicular; y efectivamente, allá nos encaminamos mi mujer y el que escribe, que cual los hijos de Albión marchamos Guía al brazo y llenos de papeles los bolsillos, sin cuidarnos más que de nuestro objeto, y así costumbramos á caminar cinco y seis horas

seguidas, viendo, admirando y riendo, y algunas veces riñendo también. Como nos sentamos donde creemos hallar cosa que nos gusta, dando al cuerpo por supuesto el alimento necesario y escogido que requiere para reponer fuerzas, y al espíritu así mismo el solaz que le conviene, nos fatigamos menos que lo que debiéramos, al fin de treinta y cinco días que van corridos desde nuestra llegada á París.

Subíamos, como digo, la empinada cuesta de la *Superga*, que así se llama la iglesia que tratamos de visitar, impelidos por el funicular aparato, y á la par que admirábamos la gran belleza del paisaje, con el Po, que á nuestros piés corría, saltando jugueteón por prados y sembreras de verdor incomparable y cambiantes infinitos en los tonos de luz que reverberaba el sol esplendente, y que se dejaba sentir con el calor de los días estivales, refrescando la atmósfera á medida que nos elevábamos del plano de Turín. En una de las veces que en la subida contemplé el exterior del templo, parecióme que aquel estilo arquitectónico me era muy familiar; abrí mi excelente libro-guía, y ví que el artista que había contruido la *Superga* era Iuvara, y recordé entonces que fué el mismo que delineó y trazó, con Sachetti, el del altísimo é incomparable Palacio de Madrid; las mismas atrevidas líneas, la misma belleza en patios, columnas y cornisas; en un palabra, la cúpula y ornamentación exterior, idéntica á la que continuamente admiramos los madrileños en la cara NO. del celebrado edificio comenzado á construir por el primer Borbón en la villa del oso y el madroño. Una vez que hubimos llegado arriba, y después de echar una rápida ojeada por el espacio y saludar á los Alpes, que semivelados por la bruma de los ríos que salen de sus vertientes, apenas señalaban sus picos y crestas, nos internamos en el edificio, y gozamos de una deliciosa sorpresa al contemplar por dentro el templo, que es un fiel trasunto en su distribución de la capilla Real, variando naturalmente en los adornos, altares y repisas.

Esta iglesia de la *Superga* ó *Soperga*, está destinada á panteón de los Reyes de la casa de Saboya, y allí está enterrada la virtuosa señora Doña María Victoria, esposa de D. Amadeo I de España, hoy Inspector general de la Caballería italiana; parámonos largo rato delante de su sepulcro, aun no concluido, y al que se le pondrá una inscripción en castellano por orden de Amadeo, en reconocimiento al gran número de coronas, cintas y flores que de todas las principales provincias de España le han enviado al tener noticia del fallecimiento de tan esclarecida señora que tan dignamente ocupó su puesto durante los breves días del reinado de su marido (S. L. T. L.). Agradable vista y sorprendente se muestra desde aquella altura: Turín, los Alpes, el camino de hierro á Milán, los numerosos pueblos y caseríos con sus

artísticas torres, y la variedad en los tonos verdes, que ni por un momento se suspende, dan entretenimiento á la vista y á la imaginación recreo para pasar allí las horas de la tarde que tan deliciosamente invertimos. En esta montaña en que está asentada la Superga, hay un magnífico Restaurant, digno de recomendación, y una casa destinada especialmente á conval'ecer de enfermedades de larga curación ó á robustecerse las naturalezas pobres y decadentes; esto dará á usted la medida de lo que es realmente este hermoso sitio.

Al siguiente día por la mañana visitamos el cementerio. Italia, como usted sabe, escribe diariamente, desde muchos siglos atrás, su historia en plazas, calles, paseos, iglesias, representando los principales sucesos en monumentos arquitectónicos, esculturales ó pictóricos, y por este hábito, ó mayor educación adquirida por el pueblo, le lleva á escribir también la vida de cada hombre, de cada familia, en los sitios destinados al descanso eterno de los restos humanos, y maravilla ver en un cementerio como el de Turín el derroche de arte escultorio que por todas partes se advierte; bellísimos panteones, multitud de estatuas de primer orden en mármol de Carrara, y escenas completas de familia representadas por grupos de estatuas ó hechos culminantes de la vida del que allí reposa, que dejan fijo en el ánimo el sentimiento del bien, y hablan á los sentidos por su elegancia, fino gusto y delicadeza artística; recuerdo uno, por ejemplo, de un filántropo que fundó en vida un asilo para viudas y huérfanos; es de hermoso mármol de Carrara, está en lo más elevado del mausoleo, que representa la entrada de una habitación, el busto del finado, y llegan á tocar á la puerta, entreabierta, una hermosísima mujer, de tamaño natural, que lleva un niño en los brazos y otro con la mano derecha, que sube aún los escalones y tiene un pie en el que ocupa la madre, que es el último, y el otro en el inmediato; es tan bello el grupo, que produce agradabilísima sensación y desarrolla simpatía hacia aquel hombre que procuró en vida, á costa de su caudal y de sus desvelos, enjugar lágrimas y dolores. De estos poemas póstumos podría transcribir un ciento, y tengo que renunciar á hacerlo por la premura del tiempo. Caminando por el cementerio llegué á un edificio en forma de rotonda, y con una verja de hierro, en cuyo frente se leía: «Sociedad para la cremación de los cadáveres en Turín, calle de... núm...» Traté de averiguar si podría examinar este último sitio, y no me fué posible; pero desde luego comprendí que en Italia es un hecho consumado, autorizado y resuelto la cremación de los restos humanos; ¡contraste singular! al tiempo que leía el letrero que abajo transcribo, cruzaba un frai'e capuchino uno de los paseos, y dije para mí:—Este pueblo que progresa y tolera, llegará á ocupar un distin-

guido puesto en la historia moderna entre las naciones de primer orden, ya que tan importante lo viene jugando desde ha siglos en la historia general de Europa.

Vamos á Milán, que ya se va haciendo largo el relato de Turín. Capital de la Lombardía, y en constante lucha hasta que por su heroico esfuerzo recobró su independencia, es hoy una de las ciudades más bellas de Italia. La escultura creo es un arte que allí todo el mundo profesa con amor, pues por todas partes se ven magníficas estatuas, retablos, relieves, monumentos á héroes, santos, sobios y patriotas.

De su grandiosa catedral no me he de ocupar, por ser harto conocida; sí diré que tanto resuena en el mundo, que me ha hecho menos efecto, bajo el punto de vista artístico, que el que esperaba; y fuera del asombro que producen sus colosales proporciones dentro y fuera, y aquel sinnúmero de torrecillas, cada una con una estatua en el ápice, y sus arcos laterales, acostumbrada tenemos la vista en España á cosas tan buenas, pues Burgos, Sevilla y Toledo no tienen nada que envidiar á la Gran Basílica Mediolanense. Estar en Milán, escribir algo, y no hablar de su catedral, sería un delito, y por eso doy esta plumada. En Turín reside el Comandante general del primer cuerpo de Ejército de Italia, y aquí en Milán el del segundo, que se compone de 10.000 hombres. Y ya que del ejército hablo, diré á usted que me ha producido excelente impresión, por el buen personal de que se compone, por su vestir, hasta con lujo, y por cierta gallardía natural que se observa en todas las clases y en los Jefes y Oficiales; sus uniformes son cómodos y sencillos, y fuera del sombrero de los Bersaglieri, que me parece incómodo y nada airoso (se debe conservar, sin duda, como el poco cómodo y antigihiénico de nuestra Guardia civil, por la tradición y los recuerdos), me han agradado mucho todas las prendas y encuentro algo de semejanza entre este ejército y el nuestro.

Si me llega el tiempo, hablaré del ejército italiano en otra carta, y desu brillante Cuerpo de Sanidad, y de sus hospitales, que he visitado, y de la cremación en el cementerio de Milán, que vi y observé á mi gusto; y entretanto, amigo Aycart, páselo usted bien, sepa que siempre soy su amigo, y que en breve saldré para Venecia, y después á donde Dios me dé á entender.

Suyo afectisimo,

EDUARDO FANOSA.



PRENSA Y SOCIEDADES MÉDICAS

Exploración de las cavidades orgánicas: Celescopio.

—Con este nombre ha bautizado el Dr. Belin una lámpara eléctrica de su invención, destinada á la iluminación de diversas cavidades del cuerpo humano.

La construcción de dicho aparato está basada en la propiedad que tiene un trozo de cristal de reflejar los rayos luminosos sin irradiación de calórico; el aparato en cuestión ilumina perfectamente la cavidad nasal, la garganta, el interior de la vegiga y el de la cavidad peritoneal.

Todo el aparato se compone de una lámpara colocada dentro de un globo de goma elástica con trozos de cristal de diferente tamaño, según la cavidad que se quiere iluminar. Un ayudante sostiene la lámpara en comunicación con la pila, reflejando la luz con un conmutador, en tanto que el cirujano actúa sobre los órganos enfermos.

(*Il Progresso.*)

..

Preparación de la hemoglobina.—El nuevo procedimiento de M. Mayet para la preparación de la hemoglobina cristalizada, consiste primero en el lavado de los glóbulos según el método perfeccionado de Hoppe-Seyler. Luego échase el cruor en una probeta con grifo, mezclado con su volúmen de agua y un quinto del volúmen total de benzina absolutamente pura. Todo ello, agitado vivamente durante cinco minutos, fúndese durante 24 horas en una agua mantenida á $+ 5^{\circ}$ á los menos, y $+ 8^{\circ}$ á lo sumo por adición de fragmentos de hielo.

La mezcla se separa por el reposo en tres capas; la una, rojo vermellón, compuesta de hemoglobina en solución casi pura; la segunda, de un rojo empañado, de la misma solución, en que nadan los estromas globulares, más encogidos que por el éter; la tercera, de un blanco amarillento, compuesta de benzina emulsionada conteniendo las materias grasas de los glóbulos. Finalmente, evácuanse, por el grifo, las dos capas inferiores reunidas; mézclanse con precaución, gota á gota, agitando con un quinto de su volumen total de alcohol absoluto exactamente medido; filtrase y hácese cristalizar por los mismos procedimientos que en la preparación por el éter.

(*Rev. Cient.*)

VARIEDADES

A propuesta del Excmo. Sr. Ministro de la Guerra, y por Real decreto de 5 del actual, se concedió la gran cruz del Mérito militar blanca al Inspector Médico de segunda clase D. Ramón Hernández Poggio, el cual pasó con fecha 9 á situación de retirado, por haber cumplido la edad reglamentaria.

Esta última circunstancia priva al Cuerpo de Sanidad Militar de uno de

los jefes que más se han distinguido y hecho respetar por su saber, así en España como en el extranjero, razón por la cual se renuevan en esta ocasión los muchos recuerdos que deja en la institución, á cuyo enaltecimiento se consagró con afán constante y en cuya moderna historia tomó parte muy activa.

Tal vez sea este periódico la única manifestación del Cuerpo que no tenga mucho que agradecer á la cooperación del Sr. Hernández Poggio; no obstante eso, la REVISTA se complace en consignar los méritos del ilustrado ex director de la *Gaceta de Sanidad Militar* y en rendir homenaje á su talento y laboriosidad tan justamente premiados por todos los Gobiernos.

* * *

Para el día 20 de Noviembre próximo convoca á oposiciones la quinta Dirección del Ministerio de la Guerra, para proveer 10 plazas de Farmacéuticos segundos con arreglo á lo dispuesto en la Real orden de 1.º del actual.

La firma para el concurso queda abierta en la segunda sección de la expresada Dirección hasta las dos de la tarde del día 18 de Noviembre, y el tribunal censor se constituirá en sesión pública á las nueve de la mañana del 20 en el Laboratorio-Central de esta corte.

Los ejercicios tendrán lugar con sujeción al programa aprobado por S. M. en 7 de Noviembre del año próximo pasado.

* * *

A la amabilidad de nuestros compañeros los Sres. Pardo y Lastra y Estévez, debemos una estadística completa de los casos de fiebre que, con carácter gástrico y tifoideo, se han registrado en el Hospital militar de Vigo durante la última epidemia.

Sentimos que nos impida publicarla la misma falta de espacio que nos ha obligado á retirar de este número el pliego correspondiente de la Memoria del Sr. Aizpuru; pero, en cambio, experimentamos una satisfacción al poder consignar que, gracias al celo desplegado desde los primeros momentos de la epidemia, ésta ha desaparecido por completo, y el número de bajas producidas por ella en el ejército ha sido exiguo en relación con la cifra de los invadidos.

* * *

Suscripción abierta con el fin de allegar fondos para erigir un sencillo monumento que perpetúe la memoria de los individuos del cuerpo de Sanidad Militar muertos á consecuencia de heridas recibidas en campaña.

	Pesetas.
Suma anterior.	1.811
Sr. D. Máximo Salcedo.	12
Total.	1.823